Isabel, con un trapo en el hombro, abre la la ventana del salón.
Está en un piso muy pequeño y amueblado con lo justo. Parece ser que lo está preparando para entrar a vivir.
Con el trapo va limpiando por donde pasa.
De vez en cuando habla con Mari, su hermana, que está echándole un mano.

Isabel.—¡Pues ya te digo yo que cuando venga mama seguro que le pone pegas! (…) ¡Es que mama no lo puede comparar con la casa porque no son lo mismo! ¡Si es el segundo patio y pamí que es más grande ya que el piso! (…) Por eso mismo, Mari. ¿Cómo está la niña? ¿Está durmiendo? Mira, es que me da una fatiga tener aquí al angélico con 40 días y todo empantanao… ¡Es que he tenido valor! Serán por lo menos las ocho ya ¿No? Es que Cristobal tiene que estar al caer. Y seguro que me viene con las prisas: que si el tráfico, que si lo otro… Es que le temo. Cuando se le mete algo en la cabeza, es peor que los chiquillos.

Isabel se sienta en una silla y suspira.

Isabel.—Si es que no hago más que borricás. Así estoy, pa que me de algo. Y porque soy joven, que si no…

Isabel mira a la ventana, abierta.

Isabel.—Hay que ver qué ciudad tan grande. Cuánta gente no habrá aquí. Esto es no es el pueblo. Vaya que no. El pueblo es otra cosita. Y que conste que a mí esto me gusta. Vivir aquí está bien. Pero es que yo le he salido a mi padre y soy muy pa dentro. Me da por pensar. Y no sé… que me gusta. Que me gusta a mí echar de menos.